

CIP. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, según la vas añadiendo colas.

BERG. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.

CIP. Ese es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres: las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.

BERG. Quiero creerte, y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios, y de la vida que en ellos pasaba tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquindad de la negra, ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenía: mira, Cipion, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra: digo lo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa, el cual negro dormía en el zaguan que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detras de la cual yo estaba, y no se podían juntar sino de noche, y para esto habían hurtado ó contrahecho las llaves; y así las más de las noches bajaba la negra, y tapándome la boca con algun pedazo de carne ó queso, abría al negro con quien se daba buen tiempo, facilitándole mi silencio, y á costa de muchas cosas que la negra hurtaba: algunos dias me estragaron la conciencia las dádivas de la negra, pareciéndome que sin ellas se me apretarian las ijadas, y daría de mastin en galgo; pero en efecto, llevado de mi buen natural, quise responder á lo que mi amo me debía, pues tiraba sus gajes y comía su pan, como lo deben hacer no sólo los perros honrados, á quienes se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

CIP. Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofia, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas sogá, por no decir cola, de tu historia.

BERG. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofia; que aunque yo la nombro, no sé lo que es; sólo me doy á entender que es cosa buena.

CIP. Con brevedad te lo diré. Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son: *filos* y *sofia*: *filos* quiere decir amor, y *sofia* la ciencia: así que *filosofia* significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

BERG. Mucho sabes, Cipion; ¿quién diablos te enseñó á tí nombres griegos?

CIP. Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque estas son cosas que las saben los niños de la escuela, y también hay quien presume saber la lengua griega sin saberla, como la latina ignorándola.

BERG. Eso es lo que yo digo, y quisiera que á estos tales los pusieran en una prensa, y á fuerza de vueltas les sacáran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando al mundo con el oropel de sus gregüescos rotos y sus latines falsos, como hacen los portugueses con los negros de Guinea.

CIP. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo, porque todo cuanto decimos es murmurar.

BERG. Sí, que no estoy obligado á hacer lo que he oido decir que hizo un llamado Corondas, tirio, el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas, so pena de la vida: descuidóse desto, y otro dia entró en el cabildo ceñida la espada: advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta, al momento desenvainó su espada, y se pasó con ella el pecho, y fué el primero que puso y quebrantó la ley, y pagó la pena. Lo que yo dije no fué poner ley, sino prometer que me mordería la lengua cuando murmurase; pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas: hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea: ahora promete uno de enmendarse de sus vicios, y de allí á un momento cae en otros mayores: una cosa es alabar la disciplina, y otra el darse con ella; y en efecto, del dicho al hecho hay gran trecho: muérdase el diablo, que yo no quiero mor-

derme, ni hacer finezas detras de una estera, donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinacion.

CIP. Segun eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras, fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud, sólo porque te alabáran, como todos los hipócritas hacen.

BERG. No sé lo que entónces hiciera: esto sé que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir, que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y más estando temeroso que al salir del sol nos hemos de quedar á oscuras, faltándonos la habla.

CIP. Mejor lo hará el cielo; sigue tu historia, y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones; y así por larga que sea, la acabarás presto.

BERG. Digo, pues, que habiendo visto la insolencia, latrocinio y deshonestidad de los negros, determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese, y pude tan bien, que salí con mi intento. Bajaba la negra, como has oido, á refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecian los pedazos de carne, pan ó queso que me arrojaba: mucho pueden las dádivas, Cipion.

CIP. Mucho: no te diviertas, pasa adelante.

BERG. Acuérdomé que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refran latino, que ellos llaman adagio, que decia: *habet bovem in lingua*.

CIP. ¡Oh! que en hora mala hayais encajado vuestro latin. ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco há dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romances?

BERG. Esté latin viene aquí de molde: que has de saber que los atenienses usaban entre otras de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algun juez dejaba de decir ó hacer lo que era razon y justicia por estar cohechado, decian: este tiene el buey en la lengua.

CIP. La aplicacion falta.

BERG. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos dias mudo, que ni queria ni osaba ladrar cuando bajaba

á verse con su negro enamorado? por lo que vuelvo á decir que pueden mucho las dádivas.

CIP. Ya te he respondido que pueden mucho; y si no fuera por no hacer ahora una larga digresion, con mil ejemplos probára lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré, si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

BERG. Dios te dé lo que desees, y escucha. Finalmente, mi buena intencion rompió por las malas dádivas de la negra, á la cual bajando una noche muy oscura á su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa, y le arranqué un pedazo de muslo: burla que fué bastante á tenerla de véras más de ocho dias en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví á la pelea con ella, y sin morderla la arañé todo el cuerpo como si la hubiera cardado como manta: nuestras batallas eran á la sorda, de las cuales salia siempre vencedor, y la negra mal parada, y peor contenta; pero sus enojos se parecian bien en mi pelo y en mi salud: alzóseme con la racion y los huesos, y los míos poco á poco iban señalando los nudos del espinazo: con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez, me trujo una esponja frita con manteca: conocí la maldad, ví que era peor que comer zarázas; porque á quien la come se le hincha el estómago, y no sale dél sin llevarse tras sí la vida; y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos: halléme un dia suelto, y sin decir adios á ninguno de casa, me puse en la calle, y á ménos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil, que dije al principio de mi historia que era grande amigo de mi amo Nicolas el Romo, el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre: tambien le conocí yo, y al llamarme, me llegué á él con mis acostumbradas ceremonias y caricias: asíome del cuello, y dijo á los corchetes suyos: Este es famoso perro de ayuda, que fué de un grande amigo mio, llevémosle á casa. Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda, á todos sería de provecho:

quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme que yo me iría, porque le conocía. Háseme olvidado decirte que las carlanças con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado, me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de latón morisco. Considera, Cipion, ahora esta rueda variable de la fortuna mia: ayer me vi estudiante, y hoy me ves corchete.

CIP. Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora á exagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero á serlo de un corchete: no puedo sufrir ni llevar en paciencia oír las quejas que dan de la fortuna algunos hombres, que la mayor que tuvieron, fué tener premisas y esperanzas de llegar á ser escuderos: ¡con qué maldiciones la maldicen! ¡con cuántos improperios la deshonoran! y no por más de que porque piense el que los oye, que de alta, próspera y buena ventura han venido á la desdichada y baja en que los miran.

BERG. Tienes razon, y has de saber que este alguacil tenía amistad con un escribano con quien se acompañaba; estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más ó ménos, sino de ménos en todo; verdad es que tenían algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca; éstas les servían de red y de anzuelo para pescar en seco, en esta forma; vestíanse de suerte que por la pinta descubrían la figura, y á tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre; andaban siempre á caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja á Cádiz y á Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando breton con quien no embistiesen; y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y á qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendían por amancebados; pero nunca los llevaban á la cárcel, á causa que los extranjeros siempre redimían la vejación con dineros. Sucedió, pues, que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un breton, unto y bisunto; concertó con él cena y noche en su posada, dió el canuto á su amigo, y apenas se habían desnudado, cuando el alguacil, el escribano, dos cor-

chetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes, exageró el alguacil el delito, mandólos vestir á toda priesa para llevarlos á la cárcel, affigióse el breton, terció movido de caridad el escribano, y á puros ruegos redujo la pena á sólo cien reales. Pidió el breton unos follados de camuza, que habia puesto en una silla á los piés de la cama, donde tenía dinero para pagar su libertad, y no parecieron los follados ni podían parecer; porque así como yo entré en el aposento, llegó á mis narices un olor de tocino que me consoló todo, descubríle con el olfato, y halléle en una faldriquera de los follados; digo que hallé en ella un pedazo de jamon famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados á la calle, y allí me entregué en el jamon á toda mi voluntad, y cuando volví al aposento, hallé que el breton daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendía, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenía cincuenta *escuti* de oro *in oro*; imaginó el escribano ó que la Colindres ó los corchetes se los habian robado; el alguacil pensó lo mismo; llamóles aparte, no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos. Viendo yo lo que pasaba, volví á la calle donde habia dejado los follados para volverlos, pues á mí no me aprovechaba nada el dinero; no los hallé, porque ya algun venturoso que pasó se los habia llevado. Como el alguacil vió que el breton no tenía dinero para el cohecho, se desesperaba, y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el breton no tenía; llamóla, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del breton, y á la Colindres desnuda y llorando, al alguacil en cólera, y al escribano enojado, y á los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho; mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él á la cárcel, porque consentía en su casa hombres y mujeres de mal vivir. Aquí fué ello: aquí sí que fué cuando se aumentaron las voces y creció la confusion, porque dijo la huéspeda: Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entreveo toda costura; no conmigo dijés ni poleos, callen la boca, y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada que arroje el bodegon por la ventana; y que saque á plaza toda la chirinola desta historia, que bien conozco á la señora Colindres, y sé que há muchos meses que es su cobertor el señor alguacil, y no hagan

que me aclare más, sino vuélvase el dinero á este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada, y tengo un marido con su carta de ejecutoria, y con *á perpenan rei de memoria*, con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras; el arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme; bonita soy yo para que por mi orden entren mujeres con los huéspedes; ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince, que tengo de ver tras siete paredes. Pasmados quedaron mis amos de haber oído la arenga de la huéspeda, y de ver cómo les leía la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenían de quien sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla á la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazon y injusticia que la hacian, estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El breton bramaba por sus cincuenta *escuti*. Los corchetes porfiaban que ellos no habian visto los follados ni Dios permitiese tal. El escribano por lo callado insistia al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debia de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvian. Ella decia que el breton estaba borracho y que debia de mentir en lo del dinero. En efecto, todo era confusion, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguáran si al instante no entrara en el aposento el teniente de asistente, que viniendo á á visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita; preguntó la causa de aquellas voces; la huéspeda se la dió muy por menudo; dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida; publicó la pública amistad suya y del alguacil, echó en la calle sus tretas y modo de robar, disculpóse á sí misma de que con su consentimiento jamas habia entrado en su casa mujer de mala sospecha; canonizóse por santa y á su marido por un bendito, y dió voces á una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor teniente, diciéndole que por ella echaria de ver, que mujer de tan honrado marido no podia hacer cosa mala, y que si tenía aquel oficio de casa de camas,

era á no poder más, que Dios sabia lo que le pasaba, y si quisiera ella más tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida, que tener aquel ejercicio. El teniente enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: Hermana cámara, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía, con que vos me confeseis que es hidalgo mesonero. Y con mucha honra, respondió la huéspeda y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algun dime y diréte? Lo que yo os digo, hermana, es que os cubrais, que habeis de venir á la cárcel; la cual nueva dió con ella en el suelo, arañóse el rostro, alzó el grito; pero con todo eso, el teniente, demasiadamente severo, los llevó á todos á la cárcel; conviene á saber, al breton, á la Colindres y á la huéspeda. Despues supe que el breton perdió sus cincuenta *escuti*, y más dicen, que le condenaron en las costas; la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta fuera, y el mismo dia que la soltaron, pescó á un marinero que pagó por el breton con el mismo embuste del soplo; porque veas, Cipion, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

CIP. Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

BERG. Pues escucha, que aun más adelante tiraba la barra, duesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

CIP. Si, que decir mal de uno, no es decirlo de todos: si, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero: si, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan á las partes, ni todos llevan más de sus derechos, ni todos van buscando é inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aunan con el juez para hazme la barba, y hacerte he el copete, ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas como la de tu amo para sus embustes: muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones: muchos no son arrojados, insolentes ni mal criados, ni rateros como los que andan por los mesones midiendo las espadas á los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la marca, destruyen á sus dueños: si, que no todos como prenden sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

BERG. Más alto picaba mi amo, otro camino era el suyo: pre-